LA CATEDRAL EN EL CONTEXTO DE LA CIUDAD SECULAR.

THE CATHEDRAL IN THE CONTEXT OF A SECULAR CITY.

Francisco Juan MARTÍNEZ ROJAS*

Fecha de recepción del trabajo: julio de 2012.
Fecha de aceptación por la revista: septiembre de 2012.

RESUMEN

En la gran batalla cultural que plantea la modernidad a la fe cristiana es necesario superar el maniqueísmo estéril que contrapone culto y cultura en el ámbito de los templos, y especialmente en la catedral. Estos nobles edificios, que caracterizan el paisaje urbano de nuestras ciudades, y que son ante todo lugares de culto, están llamados a ser también centros culturales en los que tomen cuerpo las propuestas pastorales de la nueva evangelización. Asimismo todas las intervenciones deben buscar la protección integral de la identidad y la autenticidad de este monumento, tan importante por su continente como por su contenido[1].

Palabras clave: Historia de la Iglesia; Patrimonio cultural; Liturgia; Nueva Evangelización.
Identificadores: Juan Pablo II; Benedicto XVI.
Topónimos: España; Vaticano.
Periodo: Siglos 20, 21.

SUMMARY

In the great cultural challenge which modernity poses to Christian faith it is necessary to overcome the sterile dualism threatening to supersede devotion and culture in the ambience of churches, and particularly in the cathedral. These noble buildings, which give character to the urban landscape of our cities, and which are above all places of worship, are being requisitioned as cultural centres for the pastoral programmes of a new evangelism. Similarly, all building works should aim at the total protection of the identity and authenticity of the monument, as important for this continent as for its contents.

Keywords: Church History; Cultural Heritage; Liturgy; New Evangelism.
Subjects: John Paul II; Benedict XVI.
Place names: Spain; Vatican.
Coverage: 20th, 21st centuries.

---

* *Doctor en Historia de la Iglesia y académico de la Real Academia de Bellas Artes «Nuestra Señora de las Angustias» de Granada. Correo electrónico:* franmartinezrojas@gmail.com

1. PLANTEAMIENTO.

En 1934, el poeta anglo-norteamericano T.S. Eliot escribió una serie de poemas a los que tituló *Coros de la piedra*. Se trataba de un trabajo de encargo, que Eliot había recibido de la Iglesia anglicana para publicitar una campaña de construcción de iglesias en el extrarradio de Londres. Los versos del "Primer Coro de la Piedra" evidenciaban la mentalidad de la época, para la que los nuevos templos constituían una realidad superflua y fácilmente prescindible. En realidad, lo que Eliot reconocía no era sino la indiferencia de gran parte del mundo contemporáneo hacia la Iglesia. Escribía Eliot en el citado "Primer Coro":

> "Viajé a Londres, a la City […]. Allí me dijeron: tenemos demasiadas iglesias y demasiado pocas tabernas. Allí me dijeron: que se jubilen los vicarios. Los hombres no necesitan la Iglesia en el sitio donde trabajan […]. Ya la Iglesia no parece que la necesiten en el campo ni en los arrabales."[2]

Y casi al final del "Séptimo Coro", el poeta se preguntaba:

> "¿Ha fallado la Iglesia a la humanidad, o la humanidad ha fallado a la Iglesia? / Cuando a la Iglesia ni se la considera ya, ni se oponen siquiera a ella, y los hombres han olvidado a todos los dioses excepto la Usura, la Lujuria y el Poder."[3]

A estos versos, que Luigi Giussani definió como "la conciencia de la Iglesia en el mundo moderno", podrían añadirse más testimonios literarios contemporáneos sobre la visión que la sociedad moderna tenía de la Iglesia en general, y de las catedrales en particular, visión alimentada en gran parte por la secularización creciente que ha moldeado –y moldea– el pensamiento actual y la *Weltanschauung*, que diría Romano Guardini, es decir, la cosmovisión de muchos de nuestros contemporáneos. Bastaría recordar a este respecto la novela de Vicente Blasco Ibáñez, *La catedral*, texto en que se presenta con un crudo naturalismo, teñido por el anticlericalismo y republicanismo del autor, el ambiente de la catedral de Toledo, arrojando esta ficción literaria un resultado tétrico y deprimente, muestra de una época decrépita, que entre sus últimos estertores se negaba a certificar su propia defunción.

No puede pasar desapercibido el larvado y creciente esoterismo que mistifica el sentido auténtico y genuino de estos edificios singulares en interpretaciones que poco o nada tienen que ver con la realidad, y que también han encontrado reflejo literario en obras como las novelas *La catedral*, de César Mallorquí, *La catedral del mar*, de Ildefonso Falcones, y algunas otras obras que sería prolijo e innecesario citar.

Sin embargo, es evidente también la importancia, y casi me atrevería a afirmar que el protagonismo que las catedrales tienen en la actualidad, como demuestran los recientes centenarios que han celebrado varias catedrales: 350 aniversario de la consagración de la catedral de Jaén en el pasado 2010, 800 años de la consagración de la catedral de Santiago de Compostela en 2011, y las próximas conmemoraciones que ya se anuncian, como el V centenario del inicio de la construcción de la catedral de Salamanca, que se celebrará en 2013. Todo ello sin olvidar otros hechos, como la próxima inauguración de la catedral de Tarazona, y la celebración de simposios y congresos que tienen a la catedral como objeto de sus trabajos. De estos últimos citaré dos: *La Europa de las Catedrales. Conservación y gestión* (Burgos, 2007)[4] y *La Catedral, símbolo del renacer de Europa* (Cuenca, 2008)[5].

La catedral emerge con personalidad propia en la línea del cielo de Guadix como elemento que singulariza gran parte de su historia, y sigue marcando su presente. Este singular edificio representa el esfuerzo titánico de varias generaciones que, siglo tras siglo, fueron modelando todos sus elementos constructivos con un lenguaje artístico novedoso, que mostró el ingreso de la modernidad artística en España, novedad compartida por las catedrales hermanas de Andalucía oriental.

Ya Demóstenes afirmaba: “Ay de aquella ciudad que no encuentra sitio para el templo”. Guadix, como otras tantas ciudades, sí ha encontrado un sitio para su templo, y, en gran medida, la historia de Guadix es la historia de su iglesia madre, la catedral.

2. ¿QUÉ ES LA CATEDRAL?

Pero, ¿qué es realmente una catedral? Como es sabido, el término «catedral» evoca inmediatamente la cátedra del obispo, es decir, la sede desde donde ejerce su magisterio como garante de la fe y de la unidad de una Iglesia particular. La catedral es imagen tangible de la Iglesia visible de Cristo que peregrina en la tierra, la iglesia del obispo y de la comunidad diocesana, la iglesia madre de todas las demás iglesias y la primera de todas ellas. Es signo de la Iglesia de Cristo realizada en la Iglesia particular[6].

La cátedra estaba ubicada en el templo mayor de la ciudad que era sede episcopal, y que, al menos en el imaginario religioso del medievo hispano, evocaba a las basílicas visigóticas de los siglos VI y VII. Durante el medievo, las partes materiales de la catedral fueron interpretadas simbólicamente, como hizo Guillermo

Durando en su *Rationale divinorum officiorum*[7], a partir del modelo basilical heredado del período paleocristiano. Otro elemento simbólico se añadió en la liturgia de la consagración de una iglesia, formulado en el alto medievo, que comparaba explícitamente el santuario a la Jerusalén celeste descrita en el Apocalipsis[8].

Desde el siglo IV, tras la paz constantiniana, junto al obispo empezaron a llevar vida común algunos sacerdotes que le ayudaban en las funciones litúrgicas y en el gobierno de las diócesis. Viviendo en las cercanías de la catedral, en algunos lugares se fundaron monasterios episcopales, donde obispo y sacerdotes hacían vida común. Esta vida comunitaria fue regulada por una normativa inspirada en el modelo de la organización monástica que entonces se difundía en el Imperio romano. El respeto de las reglas o cánones dio inicio a la vida canónica, y quienes llevaban esta vida fueron llamados canónigos[9].

Los canónigos se agrupan en un capítulo o cabildo, institución que en palabras de Joan Darder, deán de Mallorca, en otro tiempo se caracterizó por ser una institución democrática en el fondo y aristocrática en las formas[10]. Suprimidas por el *Código de Derecho Canónico* de 1983 las funciones de gobierno y consulta que la anterior normativa canónica de 1917 reconocía al cabildo de canónigos, como consecuencia del principio corporativo del derecho medieval, actualmente el *Código* define al cabildo catedralicio o colegial como "un colegio de sacerdotes, al que corresponde celebrar las funciones litúrgicas más solemnes en la iglesia central o en la colegiata"[11]. El canon 503, al que pertenece el texto apenas citado, afirma que "compete además al cabildo catedralicio cumplir aquellos oficios que el derecho o el Obispo diocesano le encomienden"[12].

3. LA CATEDRAL, MODELO DE UNA CELEBRACIÓN LITÚRGICA.

La función prioritariamente litúrgica que tiene la catedral, y la responsabilidad que el cabildo tiene en ello, no parte de 1983 con la promulgación del actual *Código de Derecho Canónico*, sino que arranca con el mismo nacimiento de las catedrales.

En el medievo, el Decreto de Graciano había establecido, en su parte III (*De consecratione*), distinción 2, capítulo XXXI, que la catedral era el modelo de celebración litúrgica para toda la diócesis, tanto en la celebración de la misa como en el rezo de las horas canónicas[13]. Los sínodos del medievo, anteriores a la reforma litúrgica promovida por el Concilio de Trento, recogieron este principio del derecho canónico medieval y lo aplicaron a las diócesis, subrayando la

ejemplaridad litúrgica de la catedral, que era responsabilidad, en primer término, del cabildo[14].

Si trazásemos un arco cronológico que recogiese los testimonios sobre la catedral como lugar modélico para la celebración litúrgica, partiendo del testimonio apenas citado llegaríamos a 2004, año en que se publicó el directorio para el ministerio pastoral de los obispos, *Apostolorum successores*, en cuyo número 155 vuelve a recordarse que la celebración ejemplar de la liturgia es el aspecto más importante de la catedral. La catedral es el "lugar donde acontece el momento más alto de la vida de la diócesis y se cumple también el acto más excelso y sagrado del *munus sanctificandi* del Obispo, que implica juntamente, como la misma liturgia que él preside, la santificación de las personas y el culto y la gloria de Dios […]. El Obispo ha de proveer para que las celebraciones litúrgicas de la Catedral se desarrollen con el decoro, el respeto de las rúbricas y el fervor comunitario que son apropiados a aquella que es madre de las iglesias de la diócesis"[15].

Cuando empieza a hablarse hoy de la reforma de la reforma litúrgica, y se evidencia que falta aún a la renovación litúrgica querida por el Concilio Vaticano II una última fase, la de la participación espiritual, vital, interior y comunitaria a la vez, en las celebraciones litúrgicas, nuestras catedrales deben seguir realizando el ejercicio de ejemplaridad que la tradición histórica le reconoció a lo largo de los siglos. En ese sentido, hoy más si cabe, a partir de 1983, la función casi exclusiva del cabildo de canónigos no es otra sino hacer que la liturgia resplandezca en el primer templo de una diócesis por ser modélica y punto de referencia para las demás comunidades eclesiales de esa iglesia particular.

El teólogo y pensador ruso Pavel Florenski afirmaba que la liturgia era "la síntesis de las artes", era una obra de arte total (*Gesamtkunstwerk*). Y esa afirmación se puede vivir de manera más completa en una catedral, donde el patrimonio histórico-artístico que estos templos custodian ayuda con su belleza a que la liturgia sea "el recordatorio visible de la Luz Invisible", como poetizó T.S. Eliot[16].

En un contexto general de creciente valoración del patrimonio cultural en general y del de la Iglesia en particular, el benedictino francés Pierre Miquel ha vuelto a afirmar que la liturgia es una obra de arte por la conjunción de la Palabra de Dios, la gestualidad y el rito, la música y las imágenes, la oración y el carácter comunitario, aspectos todos a los que une y da sentido el misterio que se celebra[17]. La liturgia, por lo tanto, es un lugar idóneo para experimentar ese Misterio bello que trasciende, y que parece haber desaparecido en el mundo desarrollado, en la ciudad secular en cuyo horizonte emergen todavía hoy las siluetas de las catedrales, como invitación a la trascendencia, una invitación hecha en piedra. Por ello,

como señalaba Juan Pablo II en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa*, en el contexto de la sociedad actual es una tarea fundamental "descubrir el sentido del 'misterio'; renovar las celebraciones litúrgicas para que sean signos más elocuentes de la presencia de Cristo, el Señor; proporcionar nuevos espacios para el silencio, la oración y la contemplación; en volver a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía y la Penitencia, como fuente de libertad y de nueva esperanza"[18]. Y en esa tarea presente y futura, la catedral debería ostentar un protagonismo indiscutible como espacio litúrgico privilegiado y modélico para toda la comunidad diocesana.

4. LA CATEDRAL, CENTRO CULTURAL PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN.

4.1. HACER VISIBLE LA BELLEZA INVISIBLE.

Pero junto con la función cultual, la catedral ha sido a lo largo de la historia un foco generador de cultura. No es simple casualidad que en sánscrito los vocablos «culto» y «cultura» tengan una raíz común, que se prolonga también en el latín. No se trata sólo de una coincidencia etimológica, sino también de una convergencia semántica, porque la fe celebrada litúrgicamente, debe necesariamente generar una cultura impregnada por los valores del Evangelio.

A lo largo de los siglos, las catedrales fueron centros creadores de cultura, no sólo por el patrimonio histórico-artístico que han acumulado, sino por las aportaciones que realizaron a la cultura occidental a través de las escuelas de gramática, gérmenes de muchas universidades medievales, las obras musicales compuestas por los maestros de capilla para el servicio litúrgico, y las mismas obras literarias de muchos miembros de los cabildos. Cómo no recordar, por ejemplo, que Sebastián de Covarrubias escribió su valioso *Tesoro de la lengua castellana* en el tiempo libre que le dejaban sus obligaciones como canónigo de la catedral de Cuenca.

Pero más que fijar sólo la vista en el pasado, en el corazón de la ciudad secular a la catedral se le plantea el reto de convertirse en una propuesta cultural novedosa, la de la cultura que genera el Evangelio de Jesucristo, para ofrecerla en este multiforme y abigarrado universo de propuestas culturales de diversa índole y procedencia, que caracteriza el momento presente. Si la cultura es el sistema de ideas, actitudes e iniciativas con las que el ser humano se relaciona con la realidad que le rodea[19], es necesario generar una cultura que en el corazón de la ciudad secular, en la que se invisibiliza a Dios, la pregunta por Dios

(*Gottesfrage*) vuelva a plantearse como una *ultimate concern*, o cuestión última y básica del hombre para alcanzar la verdadera humanidad, por usar la expresión que acuñó Paul Tillich.

En el libro-entrevista *Luz del mundo*, Benedicto XVI recalca la urgencia de que la pregunta sobre Dios vuelva a colocarse en el centro de la sociedad actual. Nuestro mundo es un vasto escenario en el que se ha invisibilizado a Dios, donde se ha producido, como afirma el papa, "un eclipse de Dios". O como mucho, Dios, por decirlo con los versos de Hölderlin, "apenas roza, e imprevistamente, / la morada de los hombres y nadie sabe de su tránsito", ya que es el dios escondido, envejecido, evanescente. Se trata, pues, de hacer visible a ese Dios desconocido para muchos, en el ajetreado areópago del mundo actual; hacer visible al Dios que es la belleza suma.

Las catedrales de Andalucía oriental, a partir del modelo creado por la seo granadina, se inspiraron para su distribución espacial en el modelo que en el imaginario religioso del siglo XVI se tenía del templo perfecto: el de Jerusalén. Y si el templo jerosolimitano tenía dos atrios, uno exterior, porticado, para los gentiles, y otro interior, para los judíos, en el corazón de la ciudad secular, nuestras catedrales, que en su arquitectura quisieron emular al templo de Jerusalén, reúnen las condiciones ideales para ser ese "atrio" o "patio de los gentiles" al que por vez primera se refirió el Santo Padre Benedicto XVI en su viaje apostólico a la República Checa[20]. Los *Lineamenta* del próximo sínodo de los obispos, que estará dedicado a la nueva evangelización, vuelven a presentar esta propuesta pastoral:

> "Los 'patios de los gentiles' son lugares en los cuales es posible abrir una confrontación recíproca, enriquecedora y culturalmente estimulante, entre los cristianos y los que sienten lejana la religión, pero desean acercarse a Dios, al menos en cuanto les resulta desconocido."[21]

En el número 21 de los mencionados *Lineamenta* podemos leer unas indicaciones que, de modo prioritario, se deberían aplicar en el ámbito de la catedral, como lugar privilegiado para ese diálogo con la increencia o con los que buscan un sentido a sus vidas, y lo pueden encontrar en una propuesta cultural cristiana seria y convincente:

> "En vista de una 'nueva evangelización' será seguramente posible: imaginar todos estos espacios culturales como otros tantos 'patios de los gentiles', ayudándoles a vivir la propia vocación originaria dentro de los nuevos escenarios que avanzan, es decir, aquella vocación de llevar positivamente la cuestión de Dios y de la experiencia de la fe cristiana dentro de las realidades del tiempo; ayudar a estos espacios a

> ser lugares en los cuales se puedan formar las personas libres y adultas, capaces a su vez de llevar la cuestión de Dios dentro de sus vidas, en el trabajo, en la familia."[22]

Evidentemente hay niveles de oferta cultural, dependiendo de los destinatarios a quienes se desea hacer llegar el mensaje del Evangelio desde el ámbito de una catedral. Yo distinguiría cuatro niveles, en los que el uso racional, pastoral e inteligente del patrimonio cultural de la Iglesia, que en la catedral encuentra su expresión más rica y conseguida, debe servir como instrumento evangelizador, cargado de futuro.

4.2. LA CATEDRAL OFRECE UNA CULTURA GENERAL PARA LOS CREYENTES Y DEBE SER BASE COMÚN DE DIÁLOGO CON LOS ALEJADOS DE LA FE.

En una sociedad donde las humanidades sufren un claro retroceso, donde se rompe con la tradición humanista de siglos pasados favoreciendo un tecnicismo frío, el patrimonio cultural que atesora la catedral constituye un punto de partida ideal para enriquecer la cultura general de los no creyentes. Y ello gracias a que en muchos países, las obras de arte de todo tipo que ha generado la fe a lo largo de los siglos constituyen un elevado porcentaje de todo el patrimonio histórico, artístico y documental, como es el caso de Italia y España, donde la Iglesia posee más del 80% de todo el patrimonio cultural de ambos países.

Hoy en día se producen con más frecuencia situaciones paradójicas, por no decir desconcertantes, que muestran el progresivo y vertiginoso desconocimiento de las jóvenes generaciones sobre aspectos básicos de la historia cultural europea. Hace algunos años contaba un teólogo alemán, que guiando una visita con jóvenes a la catedral de Erfurt, les preguntó a quién representaba la imagen que presidía el altar mayor. Le respondieron que creían que era Espartaco, que había muerto crucificado por los romanos. La respuesta no extraña del todo si se tiene en cuenta la influencia del materialismo histórico en la formación escolar de lo que fue Alemania oriental, pero sí se torna en una perspectiva de futuro preocupante cuando en un país de tradición católica, como España, donde lo religioso ha permeado todos los ámbitos de la sociedad durante siglos, los alumnos de hoy identifican en la Última Cena al apóstol Juan con la Virgen María, porque no tiene barba, o a la paloma del Espíritu Santo que corona el tímpano de un retablo con la paloma de la paz que pintó Pablo Picasso. Y son casos reales, que para agravar el diagnóstico, no supieron corregir los mismos profesores que acompañaban a los estudiantes.

Por ello se impone la tarea de enriquecer la cultura general, sobre todo de las jóvenes generaciones, acercándolas, a través del patrimonio cultural, al gran código

de Occidente, que es la Biblia, posibilitando que puedan reconocer en la pintura y la escultura a los principales personajes de la historia sagrada, mostrándoles cómo los textos sagrados han inspirado algunas de las mejores obras musicales de Occidente, como las *Pasiones* de Bach, o *El Mesías* de Händel, de manera que puedan enriquecerse con la decisiva aportación que ha realizado la fe cristiana a la cultura occidental.

En este sentido, a la catedral le cabe desarrollar una apasionante tarea: la de proponer el misterio cristiano a través de múltiples iniciativas, entre las que se podría citar, entre otras, conferencias, conciertos de música, visitas guiadas con una clara impronta pastoral en la que el sentido evangelizador vaya a la par de los datos artísticos e históricos que concurren en las piezas de arte mostradas. Sin olvidar que la creatividad que se requiere para inculturar la fe en un paradigma cultural contemporáneo promoverá, sin duda, nuevas iniciativas evangelizadoras, que partan de la rica gama de posibilidades que ofrece el patrimonio cultural conservado en nuestras catedrales.

En este sentido, las propuestas culturales reales que la catedral puede ofrecer a la ciudad secular de hoy no serían sino una realización del servicio de la "caridad intelectual", al que se ha referido Benedicto XVI en varias ocasiones. De este modo, el patrimonio cultural de la catedral se convierte también en plataforma que facilita el diálogo con los no creyentes o los alejados de la fe, interesados en la búsqueda de la belleza, aunque obvien su inspiración cristiana. Así lo recordaba el beato Juan Pablo II, a partir de su propia experiencia personal:

> "Si, cuando era arzobispo de Cracovia, he podido hacer algo bueno con los 'lejanos', ha sido porque siempre he comenzado con los bienes culturales de la Iglesia, que tienen un lenguaje que todos conocen, el lenguaje de lo bello, y que todos aceptan; a partir de este lenguaje he podido entablar un diálogo que, por otra vía, hubiera sido imposible."

4.3. LA CATEDRAL, CON SU PATRIMONIO CULTURAL, ES PROPEDÉUTICA PARA LOS ABIERTOS A LA TRASCENDENCIA.

Goethe sostenía que el arte descansaba en una especie de sentido religioso, en una seriedad profunda e inalterable, y por ello se unía tan gustosamente con la religión. Por ello, la belleza que atesora el patrimonio cultural de una catedral puede realizar una función mediadora entre la verdad de lo sagrado y las personas que, sin tener unas creencias definidas, están de algún modo abiertas a la trascendencia. De esta manera, la obra de arte cristiano puede "acercar el mundo divino al hombre, a nivel sensible y mediante sus vibraciones sentimentales, para elevar posteriormente el mundo a Dios, a su reino inefable de misterio, de belleza, de vida", como afirmaba Pablo VI.

La búsqueda del totalmente Otro, la nostalgia por lo sagrado, por una gloria lejana o por el rumor de ángeles –diciéndolo con palabras del sociólogo de la religión Peter Berger–, que muchos de nuestros contemporáneos experimentan, pueden adquirir perfiles más nítidos gracias al mensaje trascendente que transmite la obra de arte. La superación de un reduccionismo de lo artístico a lo simplemente estético mediante la captación de la verdad que ofrece lo bello se abre como vía para ayudar a personalizar la relación con lo divino de muchas personas que, aun teniendo inquietudes religiosas, vagan por esta Babel de creencias que es nuestra sociedad actual, sin un perfil nítido en el que ver satisfecha su ansia de plenitud y trascendencia.

La conversión de Paul Claudel oyendo el Magníficat en las vísperas de Navidad en Notre Dame de París, o la de García Morente, escuchando el oratorio de Héctor Berlioz *La infancia de Cristo* demuestran que, con distinto grado de fe cada uno, tres realizaciones artísticas inspiradas por la fe cristiana terminaron convirtiéndose para sus protagonistas en "hechos extraordinarios", que cambiaron radicalmente sus existencias abriéndolas a una fe viva y personalizada.

4.4. EL PATRIMONIO CULTURAL DE LA IGLESIA ES CATEQUESIS PARA LOS QUE SE INICIAN EN LA FE.

El patrimonio cultural de la Iglesia posee una virtualidad catequética que ha sido subrayada desde la antigüedad, y que hoy sigue conservando idéntico valor que en los primeros siglos del cristianismo, como ha recordado el mismo *Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, ilustrado con reproducciones de diversas obras artísticas. El mismo *Compendio* afirma que las imágenes "proclaman el mismo mensaje que la sagrada Escritura transmite mediante la palabra, y ayudan a despertar y alimentar la fe de los creyentes"[23]. Como recordó Benedicto XVI en la presentación del *Compendio*, la imagen y la palabra se iluminan recíprocamente. El arte "habla" siempre, al menos implícitamente, de lo divino, de la belleza infinita de Dios, reflejada en el icono por excelencia: Cristo, Imagen del Dios invisible.

Las imágenes sagradas, con su belleza, son también anuncio evangélico y manifiestan el esplendor de la verdad católica, mostrando la suprema armonía entre el bien y la belleza, entre la *via veritatis* y la *via pulchritudinis*. A la vez que testimonian la secular y fecunda tradición del arte cristiano, estimulan a todos, creyentes y no creyentes, a descubrir y contemplar el fascinante e inagotable misterio de la Redención, dando siempre nuevo impulso al intenso proceso de su inculturación en el tiempo.

Por ello, a nuestras catedrales les aguarda la tarea de ofrecer materiales didácticos para que las visitas de niños a estos monumentos que ha levantado la fe a lo largo de los siglos sean verdaderos momentos catequéticos y evangelizadores, en que los pequeños aprendan a identificar personajes de la Biblia o de la historia de la Iglesia por su elemento iconográfico propio, descubran en cuadros y relieves episodios de la historia sagrada que desconocían, o consigan relacionar estampas del Antiguo Testamento con otras del Nuevo, leyendo tipológicamente la Escritura como hicieron los primeros cristianos, teniendo a Cristo como clave hermenéutica, según el adagio agustiniano: "Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet" ("el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo, y el Antiguo se hace patente en el Nuevo").

4.5. EL PATRIMONIO CULTURAL DE LA CATEDRAL ES MISTAGOGIA PARA LOS ADULTOS EN FE.

El *Catecismo de la Iglesia católica* afirma que "la catequesis litúrgica pretende introducir en el Misterio de Cristo (es Mistagogia), procediendo de lo visible a lo invisible, del signo a lo significado, de los Sacramentos a los Misterios"[24]. Esta misma pedagogía eclesial, que hunde sus raíces en la más antigua tradición cristiana, se puede transponer y aplicar al patrimonio cultural de la catedral, de modo que éste se convierta en mistagogia para los que ya han sido iniciados en los misterios de la fe, y desean profundizar en ellos.

Ese proceso mistagógico se puede realizar mediante la lectura teológica de una obra de arte. No hay que olvidar que en la obra artística, envuelta en formas bellas, se esconden virtualidades teológicas, que hay que saber desentrañar y leer a través de una hermenéutica precisa. Pero, ¿cómo pasar de un lenguaje "estético" a uno "dogmático"? ¿Es esto posible? Ciertamente que lo es, pero siempre que se admita que es necesaria, como en la mistagogia, la ayuda de una interpretación coherente de la obra de arte, que introduzca en la inteligencia de la fe a quien contempla una determinada creación. Para ello, es necesario, sin duda, conocer la historia de la evolución de las formas artísticas, las aportaciones indispensables de la iconografía y de la iconología, pero no es menos imprescindible conocer la historia de la Teología, que ayuda a leer la obra de arte con más amplitud y profundidad, posibilitando que el mensaje de verdad teológico y religioso que ofrece una determinada pieza pueda ser conocido a través del ropaje de la belleza que lo envuelve y le sirve de soporte comunicativo.

Si como señalaba el beato Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, la Iglesia debe ser "escuela de oración" en el tercer milenio[25], ¿por qué no utilizar la riqueza artística de nuestras catedrales para orar con los fieles? Si en

la tradición patrística y monástica la espiritualidad se alimentó con la *lectio divina* de los textos sagrados, hoy, también se puede hacer una *lectio divina* con las pinturas, esculturas, relieves, libros corales de nuestras catedrales, ayudando a los creyentes a que oren a través de la imagen, de modo que con una pedagogía mistagógica, pasen de lo visible a lo invisible.

5. CONSERVACIÓN Y GESTIÓN DE LA CATEDRAL.

Pero el culto y la cultura en la catedral se enmarcan dentro de un proyecto básico, constituido por las directrices básicas de conservación y gestión. Hace tiempo leí un texto de la filósofa Hanna Arendt escribió en su obra *La crisis de la cultura*, que me llamó la atención. Dicho texto afirmaba:

> "La cultura concierne a los objetos y es un fenómeno del mundo […]. La cultura es amenazada cuando todos los objetos y cosas del mundo, producidos por el presente o por el pasado, son tratados como puras funciones del proceso vital de la sociedad, como si no existiesen para satisfacer alguna necesidad […]. Las catedrales fueron construidas *ad maiorem gloriam Dei*; si, como construcciones, servían ciertamente a las necesidades de la comunidad, su belleza elaborada no podrá nunca ser explicada por estas necesidades, que habrían podido ser satisfechas también por cualquier indescriptible caserón. Su belleza trasciende toda necesidad, y les hace durar a lo largo de los siglos."[26]

¿Cómo conjugar el anterior texto con la gestión y promoción de una catedral? ¿Se trata de realidades excluyentes o complementarias? Me inclino por esta segunda idea, e intentaré explicarlo brevemente, a partir de cinco puntos:

a) Es necesario planificar de modo permanente una estrategia de mantenimiento de la catedral, de su inmueble, a partir de un Plan Director, cuya primera fase, en la actualidad, parece haberse estancado. Sería necesario clarificar si se va a hacer un nuevo Plan Director nacional (conservación y gestión) o qué va a suceder.

b) El carácter cristiano del templo debe garantizarse, por lo que las actuaciones en los mismos han de tender a avalar su continuidad como tales en el futuro. Una catedral no es un espacio de usos múltiples; es un templo, y como tal, no puede permitirse en él actividad alguna que contradiga su carácter de espacio sacro. Asimismo todas las intervenciones deben buscar la protección integral de la identidad y la autenticidad de este monumento, tan importante por su continente como por su contenido.

c) El obispo y el cabildo, responsables directos de la catedral, deben buscar juntos con las administraciones, particulares y mecenas las fórmulas que garanticen la conservación de estos emblemáticos monumentos, dado que el turismo que genera redunda también en beneficio de la ciudad donde se encuentra.

d) Hoy más que nunca, en la gran batalla cultural que plantea la modernidad a la fe cristiana, es necesario superar el maniqueísmo estéril que contrapone culto y cultura en el ámbito de los templos, y especialmente en la catedral. Nuestras catedrales, que son ante todo lugares de culto, están llamadas a ser también centros culturales en los que tomen cuerpo las propuestas pastorales de la nueva evangelización, como anteriormente se ha señalado.

e) Creo que no está en disonancia con su carácter religioso el que la catedral sea gestionada de modo empresarial en su vertiente turística, dirigida dicha gestión por una empresa especializada, sin que eso afecte a la vertiente religiosa del templo. Es necesario que el monumento genere recursos para su conservación y mantenimiento, igual que en otras épocas se buscaron otras fuentes de financiación, como fueron las indulgencias concedidas por los papas, las rentas eclesiásticas decimales, el impuesto sobre el vino (Málaga), las subvenciones de la monarquía, etc.

La filósofa Hanna Arendt afirmaba que las catedrales "fueron construidas *ad maiorem gloriam Dei*"; y que "como construcciones, servían ciertamente a las necesidades de la comunidad". Pero también estos nobles edificios, que caracterizan el paisaje urbano de nuestras ciudades, y en Guadix, de modo muy evidente, también tienen necesidades a las que los responsables, en mayor o menor medida, deben responder desde una política de conservación y promoción en la que culto y cultura, como debe ser, no se excluyan, sino que se apoyen mutuamente.

6. CONCLUSIÓN.

La catedral es palabra petrificada, es diálogo entre la fe y el arte en coloquio durante generaciones, es puente que hermana el pasado con el presente, e invita a mirar al futuro. Alguien ha escrito, y con verdad, que la catedral es "palabra construida". No es solamente esa montaña, verdadera mole, de piedras armoniosas que vemos, o esa emoción y admiración que suscita al contemplarla. Es algo más, también, que la geometría y el cálculo de los arquitectos; más que el trabajo de los constructores y el afecto de las multitudes; más que la suma conmovedora de tantos esfuerzos y de tanto amor. La catedral es, sobre todo,

una idea, una palabra construida. Es Logos que no ha tomado carne, sino piedra para plantarse en el mundo.

La catedral es palabra construida. Por eso, a lo largo de la historia ella ha hablado a las distintas generaciones que la han contemplado, con su lenguaje único e irrepetible, entretejido a partir de formas y espacios, de colores y de luz.

En su genuina pureza, la catedral emerge poderosa en el paisaje urbano de Guadix y se destaca en su historia con perfil propio. Es como un caleidoscopio en piedra en el que, con el girar de los siglos, se reflejan múltiples iniciativas que convergieron en el esfuerzo común de las generaciones pasadas, cuyo resultado final nosotros hoy contemplamos orgullosos. En ese trabajo comunitario obispos y cabildo, ayuntamiento de la ciudad y papas, peregrinos y devotos, donantes anónimos y benefactores conocidos, pintores, escultores y canteros, todos, contribuyeron a su manera, para que esta obra superase airosa el paso de los siglos como testimonio de fe vivida e inculturada en el arte, y, al mismo tiempo, como testigo de la vida de esta ciudad y de toda la diócesis.

Quisiera terminar con otros versos del mismo poeta que abría esta intervención: T.S. Eliot. Frente a la visión de la Iglesia que muchos consideran superflua para el mundo moderno, la catedral debe seguir siendo recuerdo pétreo, memoria y palabra hecha piedra, que reivindique la aportación que la fe cristiana puede –y debe– seguir haciendo a la ciudad secular. En ese empeño pastoral, teniendo como programa una evangelización de calidad, es donde se enmarca una tarea común, que a todos nos atañe, y que espera una colaboración generosa de todos, para que se hagan realidad los versos de Eliot, cuando escribía:

> "En los lugares vacíos construiremos con ladrillos nuevos, donde han caído los ladrillos construiremos con piedra nueva, donde las vigas están podridas construiremos con madera nueva, donde la palabra no está dicha construiremos con lenguaje nuevo. Hay trabajo juntos, una Iglesia para todos y un empleo para cada uno. Cada cual a su trabajo."[27]

NOTAS

1. Conferencia de apertura del curso 2011-2012 del Centro de Estudios «Pedro Suárez», pronunciada el 18 de noviembre de 2011, en el Salón de Actos del Palacio Episcopal de Guadix.
2. ELIOT, Thomas Stearns. *Poesías reunidas, 1909-1962*. Madrid: Alianza, 1989, pp. 169-170.
3. *Ibidem*, p. 183.
4. Cfr. AA.VV. *Actas del Simposio Internacional «La Europa de las Catedrales. Conservación y Gestión»*.

Valladolid: Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León, 2008.

5. Cfr. CHACÓN GÓMEZ-MONEDERO, Francisco Antonio y SALAMANCA LÓPEZ, Manuel J. (coords.). *La Catedral, símbolo del renacer de Europa*. Cuenca: Alderabán, 2010.
6. Cfr. RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Ángel. *La Iglesia Catedral. Dimensión teológico-jurídica*. Salamanca: Cabildo Catedral, 2002.
7. Vid. DURANTI, Guillelmi. *Rationale divinorum officiorum libri I et III*. Città del Vaticano: Libreria Vaticana, 2001, pp. 7-31 (libro I, cap. 1).
8. Cfr. BUCHKHARDT, Titus. *La nascita della cattedrale. Chartres*. Roma: Arkeios, 2005, pp. 32-34.
9. Sobre los cabildos, vid. BERENGO, Marino. *L'Europa delle città: il volto della società urbana europea tra Medioevo ed Età moderna*. Torino: G. Einaudi, 1999, pp. 700-746; FONSECA, Cosimo Damiano. «Canoniche regolari, capitoli cattedrali e 'cura animarum'». En: AA.VV. *Pievi e parrocchie in Italia nel basso Medioevo (sec. XIII-XV). Atti del VI Convegno di storia della Chiesa in Italia*. Roma: Herder, v. 1, pp. 257-278; FONSECA, Cosimo Damiano. *Medievo canonicale*. Milano: Vita e pensiero, 1970; FONSECA, Cosimo Damiano. «Vescovi, capitoli cattedrali e canoniche regolari (sec. XIV-XVI)». En: DE SANDRE GASPARINI, G., RIGON, A., TIROLESE, F. y VARANINI. G.M. (coords.). *Vescovi e diocesi in Italia dal XIV alla metà del XVI secolo. Atti del VII Convegno di Storia della chiesa in Italia*, Roma: 1990, v. 1, pp. 83-138; AA.VV. *Canonici delle cattedrali nel Medievo*. Verona: Cierre, 2003; MILLET, Hélène. *I canonici al servizio dello Stato in Europa, secoli XIII-XVI / Les chanoines au service de l'État en Europe du XIIIe au XVIe siècle*. Modena: F.C. Panini, 1992; DI SAN MAURO, Zaccaria. «Capitolo canonicale». En AA.VV. *Enciclopedia Cattolica*, v. 3. Città del Vaticano: Libreria Vaticana, 1949, pp. 686-687.
10. Cfr. DARDER BROTAT, Joan. *«Conservación y gestión de la catedral de Mallorca»*. En: AA.VV. *Actas del Simposio...*, p. 115.
11. CIC, cn. 503.
12. *Ibidem*.
13. *De consecratione*, D. 2, c. 31: "Sicut in metropolitana ecclesia, ita ubique missarum solempnia celebrentur [...]. Institutio missarum, sicut in metropolitana ecclesia agitur, ita in Dei nomine in omnibus provinciis tam ipsius missae ordo, quam psallendi vel ministrandi consuetudo servetur".
14. Para el caso particular de Jaén, vid. GARCÍA PARDO, Manuela. «El servicio cultual de los miembros del cabildo giennense: residencia y remuneraciones económicas»: *Anuario de Estudios Medievales*, 35/2 (Madrid, 2005), pp. 671-692.
15. Se podría citar también el Concilio Ecuménico Vaticano II, constitución *Sacrosanctum Concilium*, p. 41; *Caeremoniale Episcoporum*, pp. 42-54; JUAN PABLO II. *Pastores Gregis* (exhortación apostólica postsinodal), nº 34.
16. ELIOT, Thomas Stearns. *Op. cit.*, p. 186.
17. Cfr. MIQUEL, Pierre, OSB. *La liturgia, una obra de arte: la obra de Dios celebrada por su pueblo*. Burgos: Abadía benedictina de Santo Domingo de Silos, 1996.
18. JUAN PABLO II. *Ecclesia in Europa* (exhortación apostólica postsinodal), nº 69.
19. El Concilio Vaticano II ofrece esta definición de cultura: "Con la palabra 'cultura', en un sentido general, se entiende todo aquello con que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades de alma y de cuerpo: por su conocimiento y su trabajo aspira a someter a su potestad todo el universo; mediante el progreso de las costumbres e instituciones hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad misma; finalmente, con sus propias obras, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva sus grandes experiencias espirituales y sus deseos, de tal modo que sirvan luego al progreso de muchos, más aún, de todo el género humano" (*Gaudium et Spes*, p. 53).
20. También, dirigiéndose a la curia romana en el tradicional discurso de Navidad, el 21 de diciembre de 2009, el Papa afirmó: "Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de 'patio de los gentiles' donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin

conocerlo y antes de que hayan encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia".

21. *Lineamenta*, nota 77.
22. *Lineamenta*, nº 21.
23. *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 240.
24. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1075.
25. JUAN PABLO II. *Novo Millennio Ineunte* (carta apostólica), n. 33.
26. ARENDT, Hannah. *La crise de la culture*. Paris: Gallimard, 1972, p. 267.
27. ELIOT, Thomas Stearns. *Op. cit*., pp. 171-172.